

RESEÑAS DE LIBROS

MIKE ROYKO, *Boss, Richard J. Daley of Chicago*. Nueva York, E. P. Dutton & Co. Inc., 1971, 215 pp.

Creer en escándalos significa indignarse ante la violación de una norma de conducta por parte de quienes supuestamente serían los menos propensos a romperla. La sociedad fija las reglas del juego y espera que sus dirigentes políticos, religiosos e intelectuales velen por su salvaguarda. Cuando el conglomerado descubre que los guardianes del orden se encargan de manipularlo para un beneficio particular, estalla la bomba.

El sistema de gobierno occidental basado en la democracia representativa se ha visto en los últimos años asediado por una aparentemente irreductible corriente de sensacionales violaciones a las normas de gobierno. El asunto Watergate en los Estados Unidos constituye el más reciente y espectacular ejemplo. Ante la persistencia del fenómeno, cabría preguntarse si se trata de hechos accidentales y sin conexión como supone el vocablo "escándalo" o si, por el contrario, nos encontramos ante un rasgo característico del sistema político.

Si bien es cierto que desde los tiempos de Platón o Confucio la teoría del buen gobierno y la práctica del poder en muy pocas ocasiones han sido elementos del mismo binomio, a partir del establecimiento de las repúblicas democráticas los teóricos han sido más optimistas en cuanto a lograr su conjunción.

El pensamiento occidental llegó con las ideas de libertad, igualdad y fraternidad a considerar que, al menos por una vez en la historia, el acto de gobernar correspondería a los deseos e intereses de las masas populares. A lo largo de más de doscientos años de experiencia republicana, los hechos no parecen haber confirmado el exagerado optimismo de los padres de la Unión Americana o de los próceres de la Revolución Francesa. Con todo, la conciencia popular se niega a aceptar que la corrupción y la manipulación del gobierno por intereses minoritarios puede deberse a la esencia del gobierno republicano y no a subjetivos abusos de poder por parte de individuos envilecidos.

En los Estados Unidos este fenómeno es especialmente perceptible. Los americanos siguen asombrándose ante cada revelación que muestre los puntos flacos de su modo de gobierno. Por su parte los estudiosos de la ciencia política no se han atrevido a formular una crítica absoluta del sistema; comparten el optimismo cultivado desde la niñez en la viabilidad del mismo, siempre y cuando se le expurge de las manzanas podridas.

En los últimos años un nuevo tipo de intelectual, el periodista, parece haberse convertido en el crítico más agudo de la sociedad norteamericana. A medida que las filas del periodismo estadounidense se tornaron más competitivas, un número creciente de universitarios se acercaron al oficio. Los tiempos del reportero semianalfabeta fueron dejando el lugar a la era de los columnistas y los editores especializados que, con una buena preparación académica, deben enfrentar el maremágnum violento de la práctica periodística.

Mike Royko del *Chicago Daily News* pertenece a esta nueva conciencia americana. Su biografía ilícita del alcalde de Chicago forma parte de la nueva literatura política que tiende, tal vez sin proponérselo, a convertirse en un análisis global del sistema de gobierno de los Estados Unidos.

Desde 1955, Richard J. Daley gobierna con mano de hierro a una de las urbes más importantes de la Unión Americana. El visitante se asombra al descubrir en el aeropuerto de la ciudad un enorme letrero: "Welcome to Daley Chicago". No se trata de una exageración; la hoja del árbol no se mueve por sus cuatro millones de habitantes, sin que algo tenga que ver en ello el alcalde más poderoso del mundo.

En su libro, Royko muestra cómo este hecho aparentemente caprichoso (la voluntad de poder de un hombre extraordinariamente ambicioso) no es sino consecuencia de un mecanismo de gobierno diseñado para funcionar así. Indudablemente que los elementos subjetivos de la personalidad de Daley mucho tuvieron que ver para que fuese él, y no otro, quien dominase la maquinaria y la pusiese al servicio de sus caprichos. Pero la infraestructura política y psicológica tiene todas las características de un fenómeno objetivo.

Desde sus orígenes, la naturaleza bipartidista del sistema estadounidense ha funcionado a base de cofradías juramentadas que inexorablemente eliminan a todo aquel que intenta actuar con independencia de ellas. El racismo de la sociedad norteamericana presente en la distribución étnica, religiosa, política, cultural y hasta geográfica de los grupos humanos es elemento indispensable de este proceso. No se trata de un fenómeno meramente antropológico; todo lo contrario, el sistema de gobierno es inexplicable si se desconoce el juego de equilibrios de poder entre los diferentes grupos étnico-culturales.

Royko desmenuza la máquina que los demócratas han manipulado en Illinois durante décadas. A través de una prosa amena se deslizan la eliminación física o moral de los contrincantes o los más pingües negocios que los políticos arreglan para beneficio propio y del partido.

Parte de la mentalidad colonial fomentada por los Estados Unidos en muchas zonas del planeta lo constituye el suponer que la corrupción es monopolio vergonzoso de los países subdesarrollados. Libros como el de Royko indican que la metrópoli no sólo es tan corrupta como la periferia, sino que existen indicios de que la corrupción colonial se genera precisamente ahí, en el centro del poder.

En el capítulo más periodístico del libro relata cómo, a la manera de una elección pueblerina en Latinoamérica, los partidos estadounidenses compran el voto de cientos de miles de personas utilizando pollos fritos y botellas de moscatel. Más adelante se describen las actividades de la policía de Chicago un sábado en la noche. El comandante en jefe parte de vacaciones a Europa acompañado por uno de los jefes de la *Maffia*; el jefe de distrito extorsiona a los propietarios de cantinas y prostíbulos; el patrullero le saca diez dólares de "mordida" al conductor que se pasó un semáforo; el policía de la esquina vende drogas a menores de edad. El valor documental del relato está en que no se trata de hechos hipotéticos sino que se dan santos y señas.

Obras como *Boss* permiten suponer que la corrupción es parte constitutiva del sistema de gobierno norteamericano; colocan asuntos como Watergate en su dimensión justa: errores de procedimiento que se prestan, a su vez, a la manipulación por parte del otro bando. Finalmente son un reto a los profesionales de las ciencias sociales que desde su supuestamente más refinada me-

dología, insisten en considerar todos estos "escándalos" como meras excepciones a una regla de conducta democrática y humanista.

JORGE ALBERTO LOZOYA

BRAHAM F. LOWENTHAL, *The Dominican Intervention*. Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1973, x-246 pp.

Una buena parte de la política exterior norteamericana ha sido diseñada en base a expansiones territoriales, económicas y políticas con el pretexto de salvaguardar su independencia y de afirmar su soberanía. Desde el comienzo la Doctrina Monroe advirtió a los gobiernos europeos de la firme intención de los Estados Unidos de reservar para sí el Continente Americano, y de considerar a Latinoamérica como su área de influencia natural. Las innumerables intervenciones en el Caribe y en América Central han servido para corroborar este deseo y esta política unilateral. La explicación de esta actitud consiste principalmente en asegurar que no se desarrolle en América Latina una situación de tal naturaleza que llegue a afectar la seguridad del Coloso del Norte.

Sin embargo, el triunfo de la Revolución Cubana (y más recientemente la lección de Salvador Allende) desarrolló una especial hipersensibilidad en los diferentes gobiernos de los Estados Unidos que los ha hecho dudar de su inquebrantable posición en el Continente y los ha llevado a intervenir, cada vez con mayor facilidad, en los asuntos políticos internos de los países de América Latina.

La intervención de los Estados Unidos en la República Dominicana, objeto del libro que aquí se comenta, tenía como meta evitar que se desarrollara, a partir de la muerte de Trujillo, una situación política conflictiva que amenazara la independencia y la seguridad de los Estados Unidos. Tenía, además, como base el supuesto de que el gobierno norteamericano podría hacer que se produjera en este país del Caribe una situación exitosa que contrarrestara los logros alcanzados por la Revolución Cubana y los "castrocomunistas del resto del continente".

Es notorio, sin embargo, que a pesar de los esfuerzos realizados por el gobierno de Washington, la República Dominicana continúa viviendo una grave crisis política desde 1963. El profesor Lowenthal analiza con especial acuciosidad el periodo más álgido de la intervención que va de febrero de 1963, año en que fue elegido Juan Bosch, hasta julio de 1966, fecha en que se inició el gobierno de Joaquín Balaguer. En este periodo se sucedieron 7 gobiernos en los que se sintieron participar en el poder la mayoría de los grupos políticos y en que se advierte la intervención de la Embajada de los Estados Unidos como "un coach de un equipo de futbol americano mediocre". (p. 14)

El problema se inició con la muerte de Trujillo y la elección democrática de Juan Bosch el 27 de febrero de 1963. Esta había sido la primera vez que el pueblo dominicano participaba y llevaba al poder a un régimen libre "por su propio mandato, ansioso y dispuesto a afirmar su soberanía". El gobierno norteamericano fue, sin embargo, demasiado perspicaz y no permitió gobernar al nuevo presidente. El Embajador norteamericano intervino hasta la última noche del gobierno de Bosch, no tanto para respaldar el éxito de la experiencia democrática de la República Dominicana, sino para prevenir una segunda Cuba. (p. 28)